

CAPÍTULO 8

La catequesis al servicio de la competencia cristiana

La teoría del acto catequístico aquí propuesta¹ no tiene por objetivo substituir de ningún modo a todas las demás teorías. Se propone más bien enriquecer, mediante un enfoque específico, la comprensión plural que de ella podemos tener.

La noción de “competencia”

La noción moderna de “competencia” se forjó en el mundo empresarial. Competencia es la calidad de una persona a la que se reconoce capaz de perseguir proyectos con imaginación, en interés de las personas y que al mismo tiempo es capaz de adaptarse a los imperativos de la acción. Así, la competencia comprende tres aspectos esenciales: inventiva, eficacia y responsabilidad. Subrayemos entonces que esta noción de “competencia” se refiere a la gestión inventiva y responsable de situaciones globales. Desde este punto de vista, “competencia” se distingue de “pericia” en tanto que esta última concierne al control de problemas específicos muy agudos.

La noción de “competencia” pasó al campo pedagógico. Hablamos entonces de “pedagogía de las competencias”². En esta perspectiva, el sistema educativo se propone como objetivo lograr que el ciudadano sea capaz de responder de manera ajustada a las situaciones-problemas que encuentre o encontrará en los diferentes dominios de su existencia. En esta concepción, se concibe la formación como una herramienta para que el alumno pueda hacerse cargo de su vida en sus diferentes aspectos y que también pueda contribuir a la construcción de la sociedad con talento y rigor, con creatividad y responsabilidad. La competencia, bien entendida, no es algo que se adquiere de una sola vez; ella implica un desarrollo permanente. Es de este modo que, ante la multiplicidad y variedad de problemas que se le presentan al individuo, su competencia se acrecentará al ejercerla.

Propongamos entonces esta definición general de “competencia”: es la aptitud general de un individuo de movilizar, de manera integrada y creativa, un conjunto de recursos (saberes, destrezas, actitudes) para responder adecuadamente a situaciones dadas, siempre singulares y de mejorar constantemente esta aptitud a través de su ejercicio aún en las situaciones más diversas. Como dice Ph. Zafirian, “La competencia es una inteligencia práctica de las situaciones que se basa en los conocimientos adquiridos y los transforma a medida que la diversidad de situaciones aumenta”.³

Precisemos que la noción de competencia tal como acabamos de definirla no está ligada al concepto neoliberal de “competitividad” en el que se trata de mostrarse más “eficiente” que otros, de obtener mayores ganancias u obtener mejores cuotas de mercado.

¹ Este capítulo está tomado de un artículo aparecido en *Lumen Vitae*, septiembre 2005, pp. 245-259

² Cf.-P. PERRENOUD, *Construire des compétences dès l'école*, ESF, Paris, 1999

-X. ROEGIERS, J.M.de KETELE, *Une pédagogie de l'intégration: compétences et intégration des acquis dans l'enseignement*, coll. “Pédagogies en développement”, De Boeck, Bruxelles, 2000

³ Philippe ZAFIRIAN, *Objétif compétence. Pour une nouvelle logique*, coll. Entreprise et carrière, Rueil-Malmaison, Éditions Liaisons, 1999, p. 74

Reducir la noción de “competencia” a la de “competitividad” equivaldría, en pedagogía a instrumentalizar a los alumnos en beneficio del sistema neoliberal en lugar de prepararlos para una vida libre y plena, socialmente creativa y responsable. Por el contrario, la noción de competencia que aquí empleamos retoma la noción humanista de “excelencia”: en este sentido, ser competente es sobresalir en el arte de vivir, de asumir las responsabilidades, de participar en la vida social, de construir la ciudad, de servir al prójimo, etc.

La competencia cristiana

¿Podemos transferir esta noción de competencia al campo de la vida cristiana? Es lo que aquí intentaremos, examinando las implicaciones sobre el plan de la pedagogía catequética.

Entendemos la competencia cristiana simplemente como la aptitud de vivir una vida cristiana. Designa el arte de vivir en la fe, de manera libre, responsable y creativa, no como una obligación que se nos impone, sino en virtud de una gracia ofrecida que se desea ver desarrollada en uno mismo, por el bien propio y por el de los demás. Aún de modo más preciso, por competencia cristiana *entendemos la aptitud de conducir la propia vida, de “escribirla” personalmente en la fe (fe /esperanza /caridad) en unión con la comunidad cristiana y dentro de un contexto cultural determinado, movilizándolo de manera integrada e imaginativa los diferentes recursos (saberes, destrezas, actitudes y valores, ...) de la Tradición cristiana y de las culturas, y de acrecentar esta competencia ejercitándola diariamente.*

Explicemos cada una de las partes de esta definición. Ello nos permitirá identificar todos los aspectos de la “competencia cristiana”.

- *La competencia del cristiano consiste en “escribir” personalmente su vida en la fe.* Quiere decir que la vida cristiana es una obra siempre individual. Es una “autobiografía”, una escritura de la vida que se redacta bajo la inspiración del Evangelio y con la fe como “regla”. Esta “regla” no conduce a la conformidad de acuerdo a un molde prefabricado. Al contrario, ella abre el juego de la vida en el Espíritu. La vida cristiana, en este sentido, es la escritura creativa de una página del “quinto evangelio” que los cuatro primeros inspiran. Así, la vida cristiana es una vocación dirigida a cada uno: la vocación de encarnar el Evangelio en la vida, de manera siempre individual, para hacerla más plenamente humana.

- *En unión con la comunidad cristiana.* La fe de la que se trata aquí no es cualquier fe, es la fe en Jesucristo tal como es sostenida por la tradición y la comunidad cristianas. El “Credo” de los cristianos, aunque eminentemente personal, jamás es solitario; supone siempre una comunidad de fe que precede y apoya en esta fe. El “Yo Creo” por muy personal que sea, se inscribe siempre en un “Creemos”. Es decir que la competencia del cristiano no es separable de su pertenencia a la comunidad cristiana; supone así la aptitud de moverse dentro de esa comunidad, de tomar parte de manera fraternal, crítica y creativa, de sus acciones, reuniones y celebraciones.

- *En un contexto cultural determinado.* La vida cristiana está forzosamente situada siempre en un contexto histórico y sociocultural determinado con sus acontecimientos, sus problemas y sus aspiraciones específicas. Implica participar en la vida social, en la conversación, la comunicación con los seres humanos en simpatía con “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias” (cf. GS

§1). Nada de lo humano es extranjero a la vida cristiana. Y la vida cristiana no tiene sentido si no es hacer la vida social más humana en el Espíritu del Evangelio.

- *Movilizando de manera integrada e imaginativa los diferentes recursos, de la Tradición cristiana y de las culturas.* El término “movilización” indica aquí que la vida cristiana no es simplemente “aplicación” de principios o de verdades. La movilización implica una elección, una selección dentro de un conjunto de recursos disponibles y luego una activación. Esos recursos disponibles se reúnen, integrados en un cierto orden y según un cierto proceso para constituir una estrategia de resolución de los problemas que se presenten: cuestiones a tratar, tareas a cumplir, proyectos a realizar, situaciones a manejar, dificultades a vencer, etc. La diversidad de problemas encontrados implica una inteligencia práctica de las situaciones y una movilización de recursos siempre original. Estos recursos a los que recurrimos y que ponemos en acción son no solo saberes sino también destrezas (métodos, procesos por etapas) o también actitudes (como, por ejemplo, la paciencia, el aguante, el rigor, etc.). Estos recursos pertenecen a la tradición cristiana pero también a las culturas en las que la fe cristiana está llamada a vivir, a expresarse y a enriquecerse con su contacto. Por ejemplo, para responder cristianamente a una cuestión moral en un contexto dado, es necesario apoyarse en la tradición cristiana pero también en el conocimiento de las situaciones concretas, en los saberes de las ciencias humanas, de la historia, etc.

- *Acrecentar esta competencia poniéndola en práctica diariamente en la diversidad de situaciones que se presentan.* La competencia cristiana se convierte verdaderamente en una competencia cuando es capaz de perfeccionarse sin cesar en contacto con las realidades halladas, evaluando de manera crítica las actitudes o las soluciones adoptadas frente a dichas realidades. Es decir que la competencia cristiana jamás es un saber adquirido de una vez y para siempre sino un movimiento.

Cuatro familias de situaciones-problemas

Tratándose de la vida cristiana, hay cuatro familias de situaciones-problemas que las personas, en la variedad de circunstancias existentes, deben resolver.

- Primeramente, hay situaciones-problemas que manan de la *vida privada* o, en otros términos, de la esfera doméstica (familia, círculo de amigos, esparcimientos, etc.) Surgen de esta esfera las cuestiones relativas a las relaciones de amistad o amorosas, a la salud, al uso del dinero, a la educación de los hijos, etc. La competencia cristiana aquí consiste en saber asumir, dentro de la fe, las cuestiones y los desafíos que aparecen en el ámbito de la vida doméstica. ¿Qué decirle a la hija de 15 años que anuncia que perdió la fe? ¿Cómo asumir en familia un deceso o el accidente grave de uno de sus miembros? ¿Cómo mantener en familia una vida de oración y de meditación personal? ¿Cómo manejar las dificultades de relación con los vecinos? ¿Qué signos de la fe introducir en el medio que nos rodea? Etc.
- Otra familia de situaciones-problema surge de la participación en la *vida de la Iglesia*, de las actividades (encuentros, celebraciones, acciones, etc.) de la comunidad cristiana. La competencia cristiana consiste en tomar parte, con una cierta facilidad, de la vida de la comunidad cristiana en sus distintos aspectos: litúrgico, caritativo, festivo, social, jurídico, administrativo, etc. La competencia del cristiano consiste en participar de las actividades de la comunidad cristiana o incluso de ejercer alguna responsabilidad en ella. Por ejemplo, tomar la dinámica del ciclo litúrgico, formular

las intenciones de oración por la Iglesia, conocer los diferentes servicios de una diócesis o de una parroquia, saber las reglas canónicas esenciales que rigen la vida de los cristianos, etc., todo ello pertenece a la competencia de inserción eclesial del cristiano.

- Una tercera familia de situaciones-problema surge de la colaboración, en un espíritu evangélico, para *la edificación de una sociedad más humana*. La competencia del cristiano consiste aquí en asumir de manera activa y responsable su condición de ciudadano para que la ciudad humana sea más fraternal, más justa, más impregnada del espíritu de las bienaventuranzas evangélicas. La competencia del cristiano será el permanecer despierto –y mantener despiertos- a los valores de justicia y libertad, el discernir allí donde se presenten problemas y comprometerse a resolverlos con los medios de que disponga.
- Una cuarta familia de situaciones-problema se detecta/aparece en la *misión de evangelización* que incumbe a todo cristiano. Aquí, la competencia del cristiano consiste en poder dar cuenta de la propia fe de modo pertinente en el diálogo con el prójimo, en tener la preocupación por despertar la fe en el otro, en acompañar a aquellos y aquellas que desearían dar un paso en la fe; resumiendo, dar testimonio del Dios de Jesucristo, con pertinencia, libremente y respetando las libertades, en el seno de un contexto cultural dado.

La función catequética

Si tal es la competencia cristiana en sus diferentes ámbitos de ejercicio, podemos entonces considerar a la catequesis como que está puesta al servicio de la adquisición y desarrollo⁴ de dicha competencia. Su objetivo será por lo tanto habilitar a los cristianos para gestionar su vida personal en la fe, para participar de la vida de la comunidad cristiana, para colaborar en la construcción de un mundo más humano en el Espíritu del Evangelio y para dar testimonio de la propia fe para hacerla posible, comprensible y deseable a las demás personas.

Para contribuir en la adquisición de esta competencia, la catequesis deberá detectar las situaciones concretas (cuestiones a resolver, tareas para hacer, dificultades a sortear, desafíos que asumir, pruebas que atravesar, misiones a cumplir, pasos a dar, etc.) a las que los cristianos habitualmente deben enfrentar. También deberá discernir los recursos (saberes, destrezas y herramientas) que parezcan los más oportunos y útiles para enfrentar las cuestiones de la vida. De este modo, la catequesis tendrá por misión equipar al catequizado para su vida cristiana de hoy y de mañana, previendo, en la medida de lo posible, las cuestiones y desafíos que pudieran presentársele.

La práctica catequética en una perspectiva de competencia

Subrayemos tres orientaciones para la puesta en marcha de una pedagogía catequética al servicio de la competencia cristiana.

Articular los aprendizajes fragmentarios con situaciones-problemas globales y complejas.

⁴ Notemos que, en una contribución previa, hemos considerado al acto catequético como el ejercicio conjunto de cinco competencias: cultural, teológica, pedagógica, organizativa y espiritual. Todo acto catequético implica la puesta en marcha creativa e integrada de estas cinco competencias. Cf. André Fossion, “Faire résonner la parole. La pratique catéchétique” in *Précis de théologie pratique* (Sous la direction de Gilles Routier et Marcel Viau), Novalis, Lumen Vitae, Montréal, Bruxelles, 2004, pp 377-387.

La pedagogía de las competencias en catequesis se esfuerza en hacer adquirir un conjunto de recursos plurales, mostrando cómo estos recursos pueden ser puestos en marcha, de modo creativo, para enfrentar las situaciones-problemas. Desde este punto de vista, el itinerario de aprendizaje podrá ser de dos tipos:

Por un lado, se puede partir de la realización de tareas complejas (animar una celebración litúrgica, realizar una obra de arte, organizar una acción solidaria, realizar un juicio ético sobre alguna situación, rendir cuenta de la propia fe en una circunstancia determinada, etc.), para lo cual será necesario pasar por un conjunto de aprendizajes parciales. En este caso, es la realización de una tarea que abre el camino al aprendizaje de recursos diversos que serán necesarios para poder llevarla a cabo.

Por otro lado, se podrá partir de una tarea efectivamente realizada o de una experiencia vivida (experiencia de inmersión litúrgica, comunitaria o de acción caritativa; experiencia personal o acontecimiento vivido en grupo, etc.) y para analizarlos, comprenderlos o evaluarlos, se pasará por un conjunto de aprendizajes parciales. Esto está en relación con la lógica de la catequesis mistagógica, que despliega, en sus diversas facetas, la riqueza de una experiencia vivida o de una tarea realizada. En este caso, se trata de la reflexión sobre una tarea realizada o una experiencia vivida que abre el camino a aprendizajes parciales que podrán ser necesarios para otras vivencias u otras tareas a efectuar.

Una pedagogía de las competencias privilegia los dos tipos de itinerarios que acabamos de señalar. Pero ello no impide que, según las circunstancias, se adopte también un itinerario didáctico más clásico. En este caso, se tendrá el cuidado de organizar un aprendizaje sistemático de recursos diversos mostrando, por lo tanto, cómo esos recursos pueden ser empleados de un modo creativo para hacer frente a un conjunto de situaciones –problemas.

En todo caso, cualesquiera sean los itinerarios efectuados, la catequesis deberá trazar su camino distinguiendo tres niveles de aprendizajes: puntual, articulado e integrado. En el nivel de los aprendizajes puntuales, se trata de aprender saberes o habilidades precisos. En el nivel de los aprendizajes articulados, se trata de introducir a la persona en los significados o en las operaciones complejas que articulan un conjunto de elementos independientes. Finalmente, en el nivel de los aprendizajes integrados, se trata de aprender a emplear un conjunto de recursos para hacer frente, de manera coherente y ordenada, a una situación-problema. En los dos primeros niveles, los aprendizajes se mantienen parciales. En el tercer nivel estos aprendizajes pasan al estadio de la integración. Este es el nivel donde se forja la competencia.

Practicar las operaciones de transferencia

La transferencia es una operación que consiste en emplear los conocimientos y destrezas adquiridos en un contexto determinado, dentro de otro contexto. En otras palabras, la transferencia convierte los aprendizajes adquiridos en herramientas para abordar las situaciones nuevas. Esta transferencia supone una descontextualización de su lugar de origen de los saberes y destrezas para recontextualizarlos en otro lugar. Esta recontextualización implica hacer reajustes creativos y no contentarse con aplicar automática y/o superficialmente una receta. Así, la experiencia adquirida al realizar una cierta tarea puede ayudar, mediante una juiciosa adaptación, a emprender con éxito tareas de otra clase. Esta capacidad de transferencia es fundamental en la adquisición y desarrollo de una competencia. Una persona competente es, en efecto, aquella que

es capaz de tomar todo su bagaje de saberes y habilidades para ponerlos en acción, de manera creativa, en las situaciones nuevas.

Si definimos la competencia del cristiano como la capacidad de toparse con situaciones nuevas, entonces el ejercicio de la transferencia es evidentemente decisivo. Dentro de esta visión, la catequesis deberá ejercitar a los catequizados en la multiplicación de las operaciones de transferencia (de las más simples a las más complejas). Por ejemplo, una transferencia simple sería aplicar a un determinado texto un método de lectura adquirido a partir de un texto bíblico. O también, el sentido percibido en ese texto bíblico puede ayudar a interrogar y analizar otro texto. Otro caso de transferencia más compleja: un testigo del Evangelio dentro de un contexto diferente del nuestro puede, sin embargo, ser motivo de inspiración para nuestra realidad. Para que esto sea posible, será necesario captar las analogías entre ambos contextos renovando así la percepción que se posee de uno y otro. Otro ejemplo más. Cuando San Pablo habla de la vida espiritual como de un entrenamiento comparable al de un atleta, él utiliza un ámbito de la vida para referirse a otro, creando un sentido totalmente nuevo.

El aprendizaje de la transferencia⁵ en la catequesis tomará entonces múltiples formas, pero siempre bajo el principio simple de una activación creativa, dentro de contextos nuevos, de saberes o destrezas adquiridos. La facilidad en la aptitud para establecer vínculos, de percibir analogías entre ámbitos diversos, de ejecutar estrategias de resolución de problemas en situaciones variadas, es el signo de una competencia bien entrenada.

Constituir un conjunto de recursos básicos

Las operaciones referidas en los dos puntos precedentes requieren que se vaya progresivamente adquiriendo y articulando entre sí un conjunto de recursos básicos. A este respecto, podría hablarse de “cimientos de competencias” o también de “sub-competencias” destinadas a ser incorporadas en el ejercicio siempre creativo de una competencia global cuando se trata de enfrentar situaciones-problemas complejas. Distinguimos seis competencias básicas (o sub-competencias) que están llamadas a articularse entre sí para constituir progresivamente la competencia global del cristiano.

Seis competencias básicas del cristiano a desarrollar

Poder leer la Biblia

La aptitud para leer la Biblia es, por supuesto, totalmente fundamental en la formación de la competencia cristiana. Además de la comprensión de la fe, ella constituye uno de los pilares sobre los que reposa la competencia del cristiano. Junto al objetivo de adquirir familiaridad con el mensaje bíblico, con la riqueza de sus temas, con la variedad de sus libros y de sus géneros literarios, la catequesis deberá velar por la adquisición de un conjunto de aptitudes, en particular las siguientes:

- Poder distinguir y realizar distintos modos de acercamiento a un texto bíblico, particularmente el abordaje externo del texto que lo sitúa en su contexto histórico y el abordaje interno que toma el texto en sí mismo como un tejido de elementos en correlación.

⁵ El capítulo 14, que trata de la lectura de las Escrituras, retoma esta operación de transferencia.

- Tener una noción cabal, aunque sea sumaria, de la historia bíblica en sus grandes etapas.
- Saber que el orden de los libros de la Biblia no sigue el orden cronológico de su redacción; esto implica una cierta percepción del proceso de redacción de la Biblia.
- Saber que el Espíritu que ha inspirado a los autores de la Biblia permanece vivo en la comunidad de los lectores.
- Comprender cómo el *Credo* de los cristianos halla su justificación y su regla en las Escrituras, en la historia de la salvación que allí se narra.

Poder disponer de una comprensión justa, estructurada y dinámica del mensaje cristiano.

Esta segunda sub-competencia es tan importante como la primera, y aún lo es más, ya que un cristiano, en última instancia aunque no sea lo ideal, puede atenerse a la sola predicación y confesión de la fe de la Iglesia, sin un contacto personal y asiduo con el texto de las Escrituras. En efecto, lo que está primero en la tradición cristiana no es la Escritura, sino la palabra, la predicación y la proclamación de la fe.

La competencia del cristiano pasa forzosamente por una buena comprensión de la fe. Un rol fundamental de la catequesis entonces, es asegurar esta comprensión de la fe, de una manera que puede ser simple, accesible a todos, pero no simplista. Ayudar a crecer en esta comprensión de la fe es hacer percibir lo esencial, la organicidad y la coherencia de la misma. Es señalar que ciertos puntos de la confesión de fe son primeros respecto de otros que, aunque esenciales, no dejan de ser derivados. Es también velar por que la fe sea recibida en su totalidad, sin que nada de lo esencial sea omitido, así como que lo sea en su integridad, sin que ninguna interpretación sesgada la desnaturalice.

Así como señala el rumbo catecumenal, el *Credo* proclamado en la liturgia tiene una función esencial en la iniciación a la comprensión de la fe. La Catequesis deberá entonces darle su lugar al *Credo* mostrando primeramente que es un “símbolo”, un signo de reconocimiento entre los cristianos que expresa de manera sucinta la gracia que los reúne y que se ofrece a todos los seres humanos. Asimismo, la catequesis deberá subrayar cuánto tiene el *Credo* de confesión de fe eminentemente personal puesto que se enuncia siempre en primera persona, pero que, sin embargo, esta confesión de fe personal es posible gracias al apoyo y al testimonio de un “nosotros creemos”. Y para evitar caer en una interpretación fijista del dogma, la Catequesis deberá también señalar que el *Credo* es la “regla” de la fe; una regla que, ciertamente, ofrece guías, pero que al mismo tiempo abre el juego creativo del pensamiento, de la celebración y de la vida cristianas dentro de la variedad de culturas y de contextos personales. Los dogmas cristianos –las afirmaciones esenciales del mensaje cristiano enunciadas en el Símbolo–, lejos de cerrar la comunicación, hablan del misterio de la comunicación fraternal y filial en la que estamos invitados a entrar en nombre de un Dios Trinidad que es en sí mismo movimiento de dar/recibir/devolver. La meta de todo esto es que el cristiano tenga, no solamente una representación cabal del contenido de la fe, sino que además capte cómo puede transformarse en creyente y cómo la vida de fe es una manera de estar en relación.

Poder participar activamente de la liturgia como “representación” actualizadora de la historia de la salvación.

Leer la Biblia y comprender la fe no son separables para los cristianos, del dispositivo litúrgico y sacramental que les permite individual y colectivamente celebrar, apropiarse una y otra vez del misterio de la salvación en Jesucristo que les hace vivir. Es por ello que participar activamente de la liturgia entra intrínsecamente en el campo de la competencia cristiana. La liturgia es una “puesta en escena”, una “representación” de la historia de la salvación. Nos la “hace presente”, en efecto, invitándonos a entrar en ella, no como simples espectadores sino como auténticos actores de suerte tal que nuestra propia historia pasa a ser una historia santa. A este fin, en catequesis es importante hacer descubrir que la liturgia se organiza alrededor de dos ejes íntimamente ligados:

-el eje de la historia de la salvación, en primer lugar, desde la primera creación hasta el esperado final de los tiempos, con su centro en la celebración de la Pascua. Este es el eje que sigue el ciclo litúrgico anual.

-el eje de la historia personal: bautismo, confirmación, matrimonio, reconciliación, unción de los enfermos, funerales, etc. Notemos, además, que el santoral (el ciclo de las fiestas de los santos) es también una manera de introducir en la liturgia esta dimensión personal.

Iniciar en la competencia cristiana en el dominio de la liturgia, consistirá entonces en hacer percibir cómo el dispositivo litúrgico, en sus dos ejes, permite revivir toda la historia de la salvación y hacerla nuestra individual y colectivamente en nuestras propias vidas.

Poder moverse en el espacio eclesial

La participación en la liturgia, que ha sido tratada más arriba, constituye la comunidad cristiana. Es allí donde prioritariamente la comunidad se reconoce convocada y reunida fraternalmente por la gracia de Dios. Pero la competencia del cristiano en lo que hace a su inserción eclesial no se reduce a las prácticas litúrgicas. La Iglesia son también las comunidades particulares, movimientos, redes, fiestas, costumbres, una historia, tradiciones particulares eventualmente en tensión, una jerarquía, documentos de referencia, equipos responsables, servicios, estructuras, reglas canónicas, una administración, etc. La competencia cristiana consiste en poder moverse en este tejido eclesial vivo y complejo, en un espíritu de solidaridad, de benevolencia fundamental como así también de libertad crítica. El rol de la catequesis a este respecto, será el hacer descubrir a los catequizados el medio eclesial para que puedan allí encontrar su camino y su voz.

Poder vivir los valores éticos en una dinámica espiritual

Esta quinta sub-competencia del cristiano concierne a los valores y estilos de vida que inspiran las Escrituras, el *Credo* y las prácticas litúrgicas. Lo que aquí está en juego es la ética y la espiritualidad en tanto que ellas constituyen el espacio de apropiación existencial, en la vida cotidiana tanto privada como social, del mensaje cristiano.

En general no es difícil reconocer los valores fundamentales que están unidos a la tradición cristiana. Una primera tarea de la catequesis será identificarlos, darlos a conocer, nombrarlos mostrando que, aunque la tradición cristiana ha promovido estos valores, ellos pertenecen al tesoro de la humanidad y pueden ser vividos por fuera de la fe. En efecto, todos los valores humanos promovidos por el Evangelio pueden ser vividos de manera autónoma, sin estar ligados a la fe cristiana. En este sentido, no hay una ética específicamente cristiana sino más bien una

manera cristiana de asumir los valores éticos, de darles un peso y un sentido suplementarios a la luz de la fe.

En esta perspectiva, la segunda tarea de la catequesis consistirá en mostrar cómo la ética puede ser asumida dentro de una visión de fe y constituirse así en espiritualidad. Se puede ser “artífice de la paz” sin ser cristiano, pero ser “artífice de la paz” dentro de la fe cristiana es reconocer que, en todo esfuerzo de paz, el Reino de Dios se acercó. La competencia del cristiano no se reduce pues a una vida moralmente buena. Ella asume y transfigura las exigencias éticas confiriéndoles un peso suplementario de urgencia y gravedad, así como también de levedad y de gracia, bajo el signo de la incondicionalidad del amor de Dios manifestado en Jesucristo. Vivir en la fe, la esperanza y la caridad es, desde luego, vivir las exigencias éticas de la fraternidad humana, pero reconociendo en esta fraternidad la gracia de una filiación. ¿Qué es ser cristiano sino reconocerse hermanos y hermanas en Jesucristo, hijos e hijas de un mismo Dios al que podemos llamar “Padre”?

Finalmente, una tercera tarea de la catequesis será ejercitar al catequizado en el discernimiento y el juicio de conciencia en las situaciones donde haya conflictos de valores y de deberes. La catequesis podrá enseñarle cómo la tradición cristiana se ha esforzado, a lo largo de su historia, para encontrar las soluciones más humanas para los problemas éticos complejos. Con el apoyo de esta tradición, enseñará al catequizado a forjarse un juicio y a decidir con conciencia en sus propias situaciones.

Poder dar cuenta de la fe en su entorno cultural

Para finalizar hay una sexta sub-competencia que la catequesis puede esforzarse en promover: poder dar razón de la fe en el propio entorno cultural. La competencia del cristiano consiste aquí en poder participar de la conversación de los seres humanos, participar en las discusiones, en los cuestionamientos y, en esta participación, poder dar cuenta de la propia fe. Esto supone la capacidad de recurrir a aquello que, dentro de la cultura nos permite enriquecer, expresar y vivir la fe así como también de recurrir a lo que, dentro de esa misma cultura, se opone o se resiste al mensaje evangélico. Un cristiano competente encuentra en la cultura lo necesario para alimentar su fe y enriquece la cultura con obras inspiradas por la fe. Y es competente también aquel que puede acompañar la trayectoria de fe de otra persona, dando y recibiendo al mismo tiempo.

Las seis competencias básicas que acabamos de enumerar, aunque son independientes no están aisladas. Al contrario, en las distintas familias de situaciones-problemas que evocamos, estas competencias están llamadas a entremezclarse, a actuar una en el campo de la otra, para así constituir juntas un recurso para vivir.

* * *

Nuestro punto de partida fue el concepto de competencia forjado, como dijimos, en el campo de las empresas. Pero nos gustaría terminar nuestra reflexión subrayando que la noción de “competencia” tiene sus raíces más lejanas en la tradición catequética misma. Efectivamente en el catecumenado de los primeros siglos, se denominaba “competentes” –o también “electi”- a los catecúmenos que estaban en la última fase de su preparación para el bautismo que tendría lugar en la vigilia pascual. En este contexto el verbo “competere” significa “desear juntos y ardientemente”.

Los “competentes” son entonces los catecúmenos preocupados por ajustarse, con todas sus fuerzas y en comunidad, a la gracia de su próximo bautismo. Este deseo, desde luego, jamás se verá colmado. Es más, lo importante es el deseo mismo que nos impulsa a avanzar. En este sentido, la catequesis se pone al servicio del deseo de los cristianos de ver desplegarse en ellos, en comunidad y para el mundo, la gracia de su bautismo.



ISCA

Instituto Superior de Catequesis Argentino
PENSAR LA CATEQUESIS